

Y cómo hablarle...

Alberto Lauro

Y cómo hablarle sin palabras de la ceniza, del aullido del lobo oculto en la tiniebla de la sangre como en medio del monte un pájaro sin ojos, un lobo sobre una montaña sin lunas, la noche cayendo llena de ángeles mutilados, de cercenadas estatuas bajo la lluvia en el espejo.

Es la hora en que debía venir, volver los ojos hacia donde yo estaba. Sin aliento. Petrificado en el fuego y la temeridad, mientras él se ocultaba en el miedo de no querer sufrir. Él y yo amargos como incestuosos hijos de Lot. Aguardando la luz y la mañana para huir de tantos ojos mudos. Sabiendo con exactitud que somos mortales y que no hay otra oportunidad para amar más que esta vida, que esta sola existencia deseosa de hallar unos labios para nombrarte.

Y cómo hablarle sin hablarle, decirle sin decir que la zarpa de la hiena es un nido que también ha cortado mi garganta, que las sierpes de allí hicieron nido y que la proximidad de su sueño es algo que vieron para no olvidar mis ojos de niño. Muñeco de trapo entre leones.

Cómo no ser, no estar junto a él sin mi historia. Si pudiera despojarme de mí mismo igual que me desnudo ahora y me abandono para que su boca busque la mía, juntos de la mano por galerías de espejo, prófugos, huyendo, siempre huyendo, naciendo en el deseo, en camas diferentes, en calles sinuosas que miden por el brillo de una mirada la intención, la profundidad del abismo como si ahora el mundo se acabara y no pudiera dar un giro más. Tal si no hubiera mañana. Tampoco ayer.

Y ésta es su palabra: sostenme. Líbrame de la sombra calcinada de los pasos de la nodriza que corre decapitada por la infancia con los senos cortados, dándome de beber y llamándonos desde el infierno.

Oye: el gallo de la muerte canta y da vueltas en la veleta enloquecida. Tarde. Muy tarde. Sin voz y sin certeza.